

El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NÚM. 8375

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONOS NÚMS. 4 Y 13

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id. Provincias, tres meses, 7 50 id.—Extranjero, tres meses, 11 25 id.—La suscripción empiezo á contar desde el 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Lorette, rue Ciumartin, 6. Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 166.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Lunes 7 Octubre de 1889

DESPIERTA.

Despierta Elisa: el matinal albor
Las deusas sombras ahuyentando va,
Y vuela el aura perfumada ya,
Sus alas leves en la fresca flor.

¡Ven; no hay encanto, para mí mayor
Que el que tu vista á mis sentidos da,
Ven, que en las tazas humendo está
El aromado y sin igual licor.
Café de *El Barco de Valencia* es,
De el que te gusta con pasión á tí
Porque conserva á par nuestra salud.
Por él sin fiebre y con color te ves,
Por él me tienes á tu lado á mí
¡Serás ingrata con *El Barco* tú?

Los exquisitos chocolates, cafés y tés de *El Barco de Valencia* se venden en todas las tiendas de ultramarinos en la provincia de Murcia, representante general para las ventas al por mayor Benigno Sánchez Risueño, 3 Caridad 3. Cartagena.

Recomendamos.—Quinina dulce Baeca.—(Véase anuncio 3.ª plana.)



LA SEMANA ANTERIOR.

Si no fuera porque necesito comer, y como de lo que gano, y gano cuando escribo, y escribo entre otras muchas obras científicas, la revista de la semana por obligación contratada con este periódico, á cuyos propietarios aprecio como á mí mismo, si no fuera, repito porque la necesidad impone de ley y yo soy hombre que conservo á toda hora la gana de comer, hoy mismo me despedía de la redacción.

Para escribir semanas anteriores, es menester que caigan acontecimientos, porque sin ellos, aunque el revisero se vuelva del revés no puede decir nada que interese á nadie.

Yo toda ella, toda la semana quiero decir, día por día, los siete que acaban de deslizarse he recorrido la ciudad á la pesca de algo si no precisamente de bulto, porque eso sería perder el tiempo, de alguna apariencia al menos.

Nada he registrado y nada puedo contar.

La semana última, parece que fue consagrada á la música; de modo que lo que yo pueda contar al fin y al cabo será... música.

El jueves abrió sus puertas el teatro principal en el que se verificó un concierto que ya conocen nuestros lectores.

Al vernos en él se nos ocurrió á más de uno apuntar lo más preciso que ese viejo coliseo necesita para seguir funcionando, y en verdad, ninguno creíamos que fuera necesario destinarle un capital, pues tal vez con cuatro ó cinco mil duros quedaría con el decoro y comodidad que la época exige.

Y consideramos tan de necesidad ese sacrificio, como que sin malgastar el tiempo en ilusiones, el teatro de invierno que

por todos conceptos hay en Cartagena, es el principal.

Los sobre-todos han aparecido en escena.

Pasó Septiembre y un fresco sutil y nocturno se nos ha colado si no imprudentemente, por lo menos sin previo aviso.

Es lo natural.
Los cambios atmosféricos no se anuncian; porque demasiado notamos su presentación.

Sin embargo, el frío no merece la pena. Las ropas de abrigo siguen descansando tranquilamente, y aun les queda para rato.

Hace años, el día primero de Noviembre era de reglamento salir liado en la capa; hoy visitamos los cementerios en ese día, el de todos los Santos, con traje de Ab il.

En todo hay modas
Hasta en lo de las visitas á los Camposantos.

Por supuesto yo no extraño que se prohiban, cuando de antemano se conocen las profanaciones á que dan lugar, y la falta de energía para impedir las.

Si esto último se consiguiera, podríamos seguir visitando á los muertos.
Veremos qué deciden los vivos.

No podrán quejarse los vencedores de los elementos.

En el año actual, la uva ha permanecido en las eras días y días, sin experimentar los contratiempos que le proporcionan los repojones.

El sol la i lo curando paso á paso y como, es natural, el vino que á su tiempo, produzca, será excelente.

No es, pues, extraño que ese líquido tan soleado maree á cualquiera.

El último acontecimiento semanal ha sido la apertura de Maiquez, lindo teatro que de estar relegado al olvido ha pasado á ser uno de los más animados en la temporada anterior.

El sábado inauguró sus tareas con una compañía de zarzuela chica, en la que hay su estrella y su bandera nombres con que hoy se distinguen á las primeras figuras, en este género.

La primera está representada por Antonia García, la tiple cómica de la sai y de los pañuelos de Manila.

La segunda por Manuel Rodríguez, actor desconocido en Cartagena, pero que trae como recomendación ser hijo de su padre, del eminente Nicolás.

Como en el cuerpo del periódico un amigo que yo me sé, hablará de la compañía, se abatiene de hacerlo aquí

J.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

DESCARABAU

Charada

Compró Doña Nicolás
Una dos prima de seda.

Y le ocurrió la desgracia
De que un primera tercera,
Que tiró un cañón de plaza
En la prima dos le diera.
Triste quedó y cabizbaja
Y desde entonces que lleva
Del todo llena una caja
Ofreciéndolo á cualquiera.

J. Martí y Mata.

La solución en el número próximo.

LOS DENTISTAS

Entre los recuerdos de los tipos que más nos sorprendieron en nuestra infancia, guardamos casi todos los de la generación presente, el del dentista que á caballo y á son de trompeta entraba en la plaza de los pueblos, convocando en torno suyo numeroso concurso.

Era para los chicos un personaje imponente; vestido con l rgo levitón, cubierta la cabeza con alto sombrero de copa, anudada al cuello vistosa corbata y resplandeciendo en los dedos las piedras de colores de varios anillos, convertía su jaco en tribuna y desde lo alto de la silla pronunciaba elocuentes discursos que dejaban con la boca abierta á los paparrutas.

Un día, por regla general negro ó teñido y con librea verde ó roja, llevaba la caja que contenía los pocos instrumentos y los no muy variados elixires del que se titulaba pomposamente doctor, que sin gabinete fijo recorría pueblos y ciudades.
—trouques, el ceñete trouques, fue el tipo clásico de los dentistas á caballo, hasta que por fin sentó sus reales en la Puerta del Sol.

Esto fue en la época en que el dentista abandonó la barbería donde tenía como muestra rosarios de muelas, para establecerse de un modo más decoroso.

De entre el vulgo sobresalieron algunos artistas notables como el citado y como doña Polonia Sanz, que fue dentista nada menos que de S. A. el príncipe Muley-Abbas y de toda la corte imperial.

La importancia de los dentistas ha ido creciendo según el mayor cuidado que se ha consagrado á la limpieza de la boca.

Y este ramo de la higiene se ha desarrollado con la civilización; hace años existían muchos pueblos del interior de España, donde no eran conocidos los cepillos de los dientes, ó donde su uso se consideraba como un afeccionamiento.

Y sin embargo, el cuidado de la boca es muy importante; á las perlas han comparado siempre los poetas los dientes de las hermosas, y al aroma del ámbar el de su aliento; un poco de descuido y ya no hay ni perlas, ni ámbar, sino amarillentas fichas de dominó y tufos que tiran de espaldas.

Para la oratoria tan desarrollada en España, son también indispensables los dientes; sin ellos no hay buena pronunciación posible, el aire se escapa y el orador se deslucé. Por lo tanto el dentista ha tenido que ir creciendo en importancia con el régimen parlamentario y los pueblos más libres, Inglaterra y los Estados-Unidos son los que han proporcionado dentistas más notables en la época presente.

En Madrid hubo un norteamericano famoso que de seguro no habrán olvidado sus artísticos clientes; era Mr. Mackent, un gen-
—aud completo.

Ante él se abrieron durante muchos años las bocas más encantadoras de Madrid, y él cuidó los dientes de las que comieron «sandwys» en los bailes de la condesa de Montijo.

¡Cuántas sonrisas se atribuyeron algunos gemosos, sintiendo inundada de felicidad su alma, y eran sólo debidas al deseo de exhibir una obra perfecta de Mackent!

Era el célebre profesor el republicano más aristocrático que puede imaginarse; en su salón como en las antecámaras de palacio había siempre grandes de España y se servía allí un the exquisito.

Sus banquetes eran suntuosos, sobre todo los que daba los 4 de Julio, aniversario de la independencia del pueblo norteamericano.

Castelar y los hombres más eminentes de España se habían sentado á su mesa, y tenía siempre especial cuidado en invitar á los que estaban en la oposición.

Ganó en Madrid mucho dinero y murió pobre; para costear su entierro hubo que vender sus muebles, y de nadie podía decirse más exactamente de él, que se comió su fortuna, pues comiendo y bebiendo, fue como la gastó, á lo príncipe.

¡Qué diferencia entre el salón lujoso y confortable de Mr. Mackent y los interiores de los cuadros de Teniers, de Gerardo, de Marthorst y de Dor, que se ven en el Museo de Dresda, y que representan escenas de dentista!

Estos cuadros son la caricatura, hoy se ha llegado en la profesión á los mayores refinamientos; los instrumentos de plata, de nickel y de marfil que se fabrican en los Estados-
Unidos, parecen juguetes de príncipe; los muebles en que se colocan copian las maravillas del Renacimiento, y los salones se adornan con exquisito gusto.

—del buen Mackent en la clientela aristocrática. Caldwell es joven, parece un ingenuo diplomático, y opera con la mayor distinción y finura.

Una gran ventaja tienen los dentistas norteamericanos; hablan poco, y son la raza sajona desmintiendo el adagio popular en España que dice: «Habla más que un sacamuelas.»

K.

UNA DE TANTAS

Murió de repente un día,
en la sonda que habitaba,
una dama que viajaba
de un ciudad en compañía.

Hicóse al punto avisar
al médico, hombre eminente,
y el médico, diligente
llegó del caso al lugar.

Sobre un rico canapé
tendida á la dama halló,
y apenas la examinó,
dijo: «La ha ahogado el corcé.»

Mas como suele la ciencia
equivocarse á menudo,
añadió: «Aunque no lo dudo,
quiero adquirir la evidencia.»

Y en el instante, animoso,
comenzó, rana por rana,
á practicar en la dama
un registro en el pulso.

Curiosa fue la inspección.
Al observar la nariz,
halló que aquella infeliz
la tenía de cartón.

Quiso examinar después
la boca, en desventura
halló una dentadura
muy blanca, á sus mismos pies

Mucho ante tales hechizos
el buen doctor sorprendióse
pero aún más cuando encontróse
dos pechos también postizos.